

Amaryi #10

verano 2024

ISSN 2981-3646

Intimidades



Ilustración: Johana Ruiz, Flor Umbrá {Belén de Umbría, Risaralda, Colombia}



SHEREZADE

Ediciones femeninas



SHEREZADE

Ediciones femeninas

Amaryi #10 - Intimidades

Edición de verano, agosto 2024.

Chía y Pereira, Colombia.

Publicación seriada. ISSN 2981-3646.

EDITORAS:

Anna A. Miranda

Sonia Rodríguez

IMAGEN DE CARÁTULA:

Johana Ruiz [Flor Umbra] (ver p. 7)

© de la edición: Anna A. Miranda y Sonia Rodríguez.

El copyright de los textos e imágenes interiores
corresponde a sus respectivas autoras,
tal como se indica en cada caso.

PUBLICACIÓN EDITADA CON EL APOYO DE:



Proyecto Amaryi

www.proyectoamaryi.wordpress.com

@proyecto.amaryi



Ediciones Chiquitico.org

www.chiquitico.org



Mujeres en círculo

info@mujeresencirculo.org

www.mujeresencirculo.org/Amaryi/

Contenido

Introducción	5
Reflexiones desde adentro	7
Sintiendo el agua [Ilustración de portada] <i>Johana Ruiz {Belén de Umbría, Colombia}</i>	7
Intimidad <i>Antares {Bogotá, Colombia}</i>	8
Limbo privilegiado <i>Jessica Tatiana Mejía Muñoz {Bogotá, Colombia}</i>	9
Sobre el cuerpo femenino: placer y sanación <i>Nataly Polanco {Neiva, Colombia}</i>	11
Tratado mínimo sobre la intimidad <i>Anna A. Miranda {Cataluña-Colombia}</i>	13
La intimidad compartida <i>Ainos {Bogotá, Colombia}</i>	15
Versos cómplices	17
(Después de volver a ver Cenicienta)	18
Rota	18
Muero	19
La colgada <i>Helena Restrepo Vélez {Pereira, Colombia}</i>	19
Mar es <i>Giselle Bogoya Aguillon {Chocontá, Colombia}</i>	21
Danzar del viento <i>Heydi Dayana Rodríguez Pinilla {Chía, Colombia}</i>	22
De la serie 'Salto Sutil' <i>Ángela Sánchez {Cachipay, Colombia}</i>	24

Desdoblándome	26
<i>Mariposa Nocturna {Colombia}</i>	
Contraste	27
Lecciones de natación	28
Noventera	28
<i>Estefanía Almonacid Velosa {Bogotá, Colombia}</i>	
Ventanas íntimas	30
Las mujeres de mi clan	31
<i>Victoria Castiblanco {Bogotá, Colombia}</i>	36
En la intimidad de mi habitación: un viaje a través de los espacios sagrados de una mujer	37
<i>Claudia Caicedo Aranzazu {Anapoima, Colombia}</i>	
La joven y su relación con la sexualidad	42
<i>JARAucaria {Colombia}</i>	
Misterio floral	45
<i>Carolina Corrales {Pereira, Risaralda}</i>	
Romantizar y erotizar la amistad	46
<i>Anna A. Miranda {Cataluña-Colombia}</i>	
Un alma fisurada sobre ruedas viajando al sur	47
<i>Matti {Sogamoso, Colombia}</i>	

Consulta otros números en
www.mujaresencirculo.org/Amaryi/
Allí también encuentras la convocatoria
vigente para el siguiente número.

www.proyectoamaryi.wordpress.com
info@mujaresencirculo.org

Amaryi

Intimidades posibles o imposibles

DEBIDO A LA CULTURA QUE NOS PERMEA, heredera de las religiones judeocristianas, nuestro concepto de *intimidad* está culturalmente relacionado con la higiene y la genitalidad (o la sexualidad limitada) y, por lo tanto, sesgado y atravesado por todo el tabú que eso conlleva. Sin embargo, lo íntimo puede pasar por muchas cosas que, aunque nos involucran a nosotras mismas, también abarcan la relación que tejemos con otras personas y con nuestros entornos, y se impregna de todo ello. En medio de toda esa complejidad, lo íntimo necesariamente está atravesado por innumerables historias y vivencias, que moldean y otorgan el sentido que cada quien le da a esa idea de intimidad. Porque nunca está desligada de la historia de quien la vive, la habita, la siente.

Cabría preguntarse si todas hemos tenido la posibilidad de espacios verdaderamente íntimos y, sobre todo, de espacios seguros; si las vidas atravesadas por la sumisión y el mandato pueden hallarlos; o si quienes no tienen qué comer, o dónde descansar y encontrar calor, tendrán el mismo concepto de intimidad de quienes viven en confort y bienestar. Podríamos preguntarnos, pues, si la intimidad es una cuestión de privilegio.

También habría que reconocer que la intimidad no es solo una cuestión individual, pues también puede abarcar una experiencia colectiva, desde la intimidad de una pareja o una familia (de la clase que sea), hasta la intimidad que otorga el pertenecer a una determinada cultura o hablar una determinada lengua y compartir con otr_s un espacio y un universo local de cosas y maneras comunes.

*La intimidad puede ser un espacio, una relación
–sexual o no–, o un estado del ser.*

*Intimidad es estar contigo misma, haciendo
aquello que te mueve las entrañas;
es compartir lo genuino; es danzar, sola o
acompañada, en entera confianza.*

*Es intimidad estar cerquita, y sentir la calidez
del aliento.*

*Es intimidad verse desnud_s, aún con ropa;
el abrazo, el abrigo, el consentimiento.*

*Es tocarte tú, masajearte, ponerte aceites
y prenderte velas.*

*Es tocar otros cuerpos y sentir sus olores,
permearte de ellos.*

Sentir el latido pulsátil del placer.

*Es prepararte rico de comer, y comer en lugares
especiales.*

*Es compartir un espacio temporal con quienes
no es incómodo estar en silencio.*

*Es descansar en la noche, abrigada junto a un
fuego bien encendido y cuidado por amig_s.*

*Es andar un largo camino junto a alguien que
ahora huele a ti.*

*Intimidad se encuentra allí donde nos sentimos
seguras, en confianza, donde podemos ser en
expansión, derramadas.*

Y para ti, ¿qué es lo íntimo?

Reflexiones desde adentro



Sintiendo el agua

{ Ilustración de portada }

Cuando reflexiono sobre mi sentido de estar en el mundo, lo veo inicialmente como una sumatoria de condiciones naturales y culturales; por lo tanto, siento necesario continuar explorando la ética feminista del cuidado.

Esta obra explora los elementos para cultivar y experimentar nuestra conexión natural.

 **Johana Ruiz, Flor Umbra**

{Belén de Umbría, Risaralda, Colombia}

Química y ecóloga de profesión, he dedicado mi vida a procesos de liberación de la Madre Tierra a través de acciones como la divulgación científica sobre el valor ecológico de tod_s las plantas y animales dentro de un ecosistema.

La ilustración botánica ha sido un zoom a la belleza de contemplar cómo los microprocesos abren paso a acontecimientos ecológicos que nos involucran a todos los seres, sintientes y no sintientes.

Intimidad

EN LA OSCURA NOCHE DE TORMENTA, me sumerjo en el silencio profundo de mi existencia. El suave tintineo del agua en los cristales me saca del sueño, invitándome a disfrutar de un momento de intimidad, que fácilmente y con frecuencia se escurre por entre fisuras del tiempo atiborrado de encuentros, discursos y deberes.

Tanto ruido afuera nos aturde el diario vivir, invadiendo cada rincón de nuestro ser, y la intimidad, que exige silencio, tiende a desaparecer como un grito ahogado de la humanidad volcada hacia el externo. Humanidad en donde el universo femenino se encuentra dolorosamente afectado; necesitadas de espacios íntimos para la comprensión profunda de nuestra naturaleza, quedamos expuestas al despojo violento y grotesco de lo que en verdad somos, al convertir nuestros cuerpos en objetos públicos y vulnerables a todo tipo de juicios y acciones lascivas, lacerantes y hasta letales.

La belleza, la delicadeza y la creatividad emergen desde la intimidad del silencio contemplativo, que hoy tiende a desaparecer a cambio de un espacio inundado de imágenes violentas, de ruido ensordecedor que apaga el canto de los pájaros, los mensajes del viento, la voz del agua.

Perdidos en medio de este mundo estridente, se manifiesta nuestra Madre Tierra a través de los elementos y con su inmenso amor compasivo nos llama, nos da señales de lo que realmente es importante en nuestras vidas; volver la mirada hacia ella, recuperar la intimidad del silencio, acallar el diálogo interno y escuchar el corazón que resuena al unísono del universo.

31-01-2024

Antares {Bogotá, Colombia}

Nací en Bogotá durante un siglo xx convulsionado por luchas políticas y movimientos feministas, a los que me vinculé conformando las bases de una formación crítica de la sociedad capitalista y patriarcal.

Entre tanto estudié pedagogía y literatura. Pronto me di cuenta de la importancia del aspecto espiritual en la vida y me abrí al estudio y práctica del budismo Zen, que me ayudó a entender la condición humana.

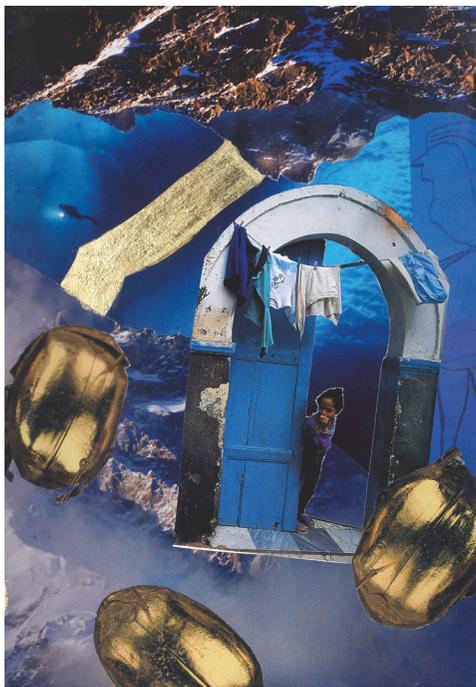
Actualmente vivo en el campo, en medio de un bosque de niebla.

Limbo privilegiado

INTIMIDAD. CUANDO PIENSO EN ESTA PALABRA me pregunto: ¿Cómo me encuentro a mí misma? ¿A qué lugares necesito dirigirme? Camino a paso lento, escucho el susurro de mis pensamientos, desacelero mi paso y me aquieto. Lo que parecía un susurro, ahora se convierte en una exigencia, premisa inquebrantable, un frenesí mental e invisible que me paraliza el cuerpo. Respiro. Habito esta intersección entre los pensamientos y me encuentro con el silencio. Me percibo siendo y estando. Mis sentidos se expanden a través del tejido de estímulos en el afuera: mis vecinos en sus recintos preparando su comida (intuyo olfativamente que podría ser pescado) o lavando los platos; a unas pocas cuerdas, el tránsito de los carros; *Stand by me*, tocada por John Lennon, en un apartamento cercano, etc. Habitar diariamente en la paradoja de estar juntos, pero no revueltos, en un espacio exclusivo que no me aísla. Es la intimidad ese refugio de silencio, donde no necesito aparentar y simplemente soy, suspendida en medio de un ahora anudado a estas realidades.

La intimidad compartida resulta ser un secreto de máxima cercanía con mínima expresión. Requiere aprender el arte de manejar las sutilezas con ternura. Aquellos olores, tonos de voz, miradas y sensaciones –materia etérea del exterior– son partículas que penetran hacia la intimidad, no sin antes pasar por el filtro de su guardiana, la intuición. Estos estímulos se convierten en secretos que se perciben en el inconsciente. De pronto, la intimidad es un espacio: cuando en ese lugar puedo conectar con lo auténtico. O, tal vez, es un estado, pues decido soltar la pesada armadura para abrazar la vulnerabilidad en su cotidianidad. Es ahí donde la veo como un limbo privilegiado, entregándome a la sinuosa humanidad desbordada hacia dentro. Es un lugar de místico cuidado al que puedo llegar ya encontrándome ahí.

Ilustración: Jessica Tatiana Mejía Muñoz



Indescifrable como espacio o estado, es el intermedio o la intersección del silencio: la mirada, los gestos, la vulnerabilidad tácita y sutil. Lograr ver mi propia intimidad es acunarme en mi rinconcito sin protocolos. Es dejar caer la máscara de la precaución y permitir el roce entre cercanías. Es asumir la soledad como la conexión más íntima, aun estando en compañía.

La intimidad da el descanso nutricional que permite apacchar el

alma, brindar mi propio abrazo al corazón y cuidar la expresión merecida del ser.

🌀 Jessica Tatiana Mejía Muñoz {Bogotá, Colombia}

📷 [mengana_mundana](#)

Socióloga en agradecimiento con la investigación y artista en crecimiento. Me enfoco en la investigación de la sociología del arte y de lo simbólico, pues la expresión de nuestro mundo simbólico me parece creativa y sanadora. Soy también exploradora de misterios —mística—; me gusta conectar con mi mundo simbólico y el de los otros, lo que me ha llevado a conectar con las metáforas íntimas y el tarot terapéutico. Ahora ando soltando las exigencias impuestas y conectando auténticamente con la vida.

Sobre el cuerpo femenino: placer y sanación

DISFRUTO MÁS DE NAVEGAR en el mar de las sensaciones que de la llegada al puerto. Para alcanzar la cumbre del volcán debes escalarlo y en ese tránsito descubrir mis senderos, lagunas, mesetas, cuevas y montañas.

Deja que el agua recorra tu cuerpo y lo despoje de la pesadez del día, entrégate limpio y fresco a este acto, es sagrado.

Depilado o no, es tu decisión; pero no me vaciles, que con el condón sí sientes.

Si con tus tentáculos quieres explorar mis más profundas cavidades, tus manos limpias y las uñas muy cortas deben estar.

Recuerda que el porno no es realidad, para disfrutar la asfixia erótica debes tener tacto y mi consentimiento.

Si no te gusta el sabor de mi cuerpo, no puedes pretender disfrutar de su más preciado néctar.

No me excita que golpees mi cervix con tu pene, por el contrario, me inflama. Cuando haces eso me siento violentada. ¿Por qué quieres maltratar la matriz de la vida? ¿Cuánta maldad descargas en mi territorio? Y ¿qué pretendes cosechar?

Soy más que mi vagina. ¡Despierta! Vamos a bailar.

Huyes cuando estoy con mi luna. No es mi estado de ánimo, odias la naturaleza de mi ser. Si supieras que a veces siento que los coágulos son el acumulado de la humillación, desprecio y violencia que he soportado. Como si padecer la menstruación fuera la manera en que ayudo a saldar deudas ajenas... su menosprecio con mi dolor.

Cuando sangro siento que fluye la rabia, la represión y frustración que el pasado sembró en el cuerpo de mis ancestras y en el mío. Duele, pero al mismo tiempo me libera... y por eso creo que es importante que estés presente en todo mi ciclo, es medicina para ti y para mí.



Ilustración: Nataly Polanco.

Como la luna, mi luz revela tu oscuridad y mi oscuridad tiene la facultad de hacerte brillar, pero justo en ese momento te alejas.

Hacer el amor es escuchar una orquesta de verbos conjugados hechos canción. Un instante de profunda paz multicolor, tan alejado de todo aliento y tan cerca de todo lo terreno. Conectados en la naturaleza del ser, satisfaciendo mutuamente las dimensiones del sentir, mientras jugamos y consentimos la bella diversidad de nuestros cuerpos. Una explosión volcánica.

🦋 Nataly Polanco {Neiva, Colombia}

A menudo me cuestiono la relación entre la naturaleza del cuerpo femenino y la del masculino. A veces siento que están fuera de sincronía. Es difícil para mi compañero comprender mis ciclos, la fragilidad de mi ecosistema vaginal y los cambios en mi estado emocional. ¡Estoy viva! Así que decidí compartir algunos detalles íntimos que considero importantes para construir relaciones amorosas en las que ambos podamos ser plenamente.

Tratado mínimo sobre la intimidad

QUE ME VEAS, CON LOS OJOS DEL CORAZÓN;
que me veas más allá de los ojos
[saber que ahí, en tus ojos, puedo ser yo];
más allá de las tetas;
que nos sintamos las células;
que nos vibren las moléculas.

No necesitar que ese vernos esté atravesado
por nuestros genitales:
que el deseo y el gusto palpite
con las amigas
con lxs hijxs
con los amigos
con lxs amantes
con una misma

[porque si yo no me veo ¿cómo podrían verme
lxs otrxs? ¿cómo podría entrar en intimidad
genuina con ellxs?]

Que el Eros nos habite en el cotidiano;
que la excitación nos colme.

Dejar de consumir
para ver profundo
más, más allá.

Que las aguas se muevan al son del pulso compartido;
pulso de vida;
alimento.

[*Continúa*]

Que conozcas mi verdad, mi intensidad
y que me sienta liviana
libre de juicio
no cosificada
sinceramente amada.

Ser tú
ser yo

SER

[Se vuelve íntimo todo lugar –físico o simbólico–
en el que esto es posible *a calzón quitao*]

Es pulso
Es beso
Es calor
Es fuego

Pero también puede ser un frío que abrasa
de oscuridad. No es solo pasión, no es solo
positivo, es también el llanto desgarrado que
solo brota en un lugar seguro.



Anna A. Miranda {Cataluña-Colombia}

 [proyecto.amaryi](https://www.instagram.com/proyecto.amaryi)

Escribo desde que tengo memoria, pero desde hace unos siete años decidí habitar la escritura y acuerpar la poesía como caminos de vida; y en este camino he crecido, me he perdido, me he encontrado y me he transformado. Mi escritura ha vivido –y vive– todos esos procesos y se ha reafirmado y asentado en un lugar: Creo firmemente en la escritura y la poesía como herramientas para nombrar lo silenciado. Esa es mi ruta.

La intimidad compartida

SÉ QUE AHORA SOY OTRA. Pero, ¿quién es esa que soy ahora? Tengo ropajes que ya no uso. No reconozco mis facciones en el espejo. ¿Son otras? ¿Soy otra? ¿Por qué creo que soy la misma, si entremedio de la de ayer y la de hoy está el vacío del sueño? A veces abismo oscuro del que no tengo conciencia —más allá de la huella—, a veces poblado de imágenes o de historias que se parecen a las que vivo en este otro lado del sueño que transito por temporadas, que no parece que termine y sin embargo termina cada noche, apenas cierro los ojos.

Quizás es que he perdido el interés en conocerme, creo que me he aburrido de mí. O, más que de mí, de esa máscara que soy; la que cambia, la que se muere y renace, la que termina siendo otra. Ella es la falsa, la que no Es, la que no debería preocuparme, y a pesar de ello es la que a veces no me deja conciliar el sueño por las noches.

Sin embargo, desde que tengo conciencia, o eso creo, hay *una-uno-une-ine* que no cambia; una sensación, alguien que observa, la conciencia misma de tener conciencia. Eso siempre ha sido lo mismo, se ha sentido igual desde el comienzo, incluso desde antes del comienzo, cuando soy consciente de que no soy consciente de que exista un comienzo —y entonces, ¿por qué debería existir un final?—. La conciencia misma de tener conciencia. Esa conciencia es casi siempre fugaz, pero consistente cada vez.

Creo que la intimidad existe en ese punto en el que mi conciencia toca —es— las otras conciencias (o la misma conciencia que los otros tienen de su propia conciencia). Lo que no habita ese punto no se siente como íntimo; es diferente, lejano, como un país del que siempre nos estamos alejando. Lo íntimo es ese silencio compartido entre dos personas que no necesitan decirse nada, que simplemente están, son, que observan adentro desde afuera. O afuera desde adentro, en la intimidad es todo igual.

Un largo camino intimando con alguien te permite vislumbrar lo que permanece —de ti o del otro— a lo largo de tantas máscaras abandonadas, lo que es común a través de diez mil escenas constantemente cambiantes, lo que hace *Uno* al río que no para de fluir. Justamente ese lugar del otro al que me asomo en una dimensión fuera del tiempo, ese es el hogar de la intimidad.

En ese momento en que la intimidad deja de ser privada para empezar a ser colectiva, tengo que hacer aquí un silencio por Palestina y por todos los que allí han perdido y siguen perdiendo su vida, su familia, sus afectos, su intimidad, su casa, su nación y su historia entera, bajo otra bota militar. Cierro este escrito en el día en que se conmemora la *nakba* (نكبة 1948 en árabe, catástrofe o desastre), el éxodo que desde 1948 ha obligado al pueblo palestino a vivir como desplazado en sus propias tierras y que en los últimos siete meses (y contando) se ha convertido en un genocidio en toda regla por parte del “estado” de Israel. Dedico este escrito a Palestina, pues su dolor ha atravesado mi propia intimidad, y gracias a ello he comprendido una nueva dimensión de lo que significa la colectividad. Que lo que nos hace comunes en ese lugar fuera del tiempo no nos deje callar lo que no debe ser callado. Y que en este sueño que compartimos, Palestina pueda ser libre.

 **Ainos {Bogotá, Colombia}**

Habito este sueño, que a veces se convierte en pesadilla. A veces respiro conscientemente y en mi respiración trato de recordar que las pesadillas también son sueños, tan insustanciales y faltas de sentido como ellos. A veces funciona para calmar mi ansiedad, a veces no. Entonces escribo para exorcizar mis demonios y acompaño mis lágrimas con música.

Versos cómplices



Ilustración: Jessica Tatiana Mejía Muñoz

Sólo abriendo el corazón y aceptando la propia vulnerabilidad, alcanzaremos esos niveles de profunda intimidad que son curativos, dichosos, poderosos, creativos e intensamente extáticos. Entonces estaremos en posición de rendirnos al otro desde la fuerza y la sabiduría, no desde el miedo, la debilidad y la sumisión.

MARIANNE WILLIAMSON. La dieta del alma.

(Después de volver a ver Cenicienta)

LA ESPERANZA ME VISITA A VECES

con sus ojos inquietos

y se va

con las manos vacías.

Una pequeña tristeza nos separa

cuando no sé qué hacer con sus ojos

ni ella sabe qué hacer con mis manos.

Rota

En cada despedida

me rompo en mil pedazos

y un collage, como colcha de retazos,

me cubre sin tapar la dulce esencia

que surge de mi herida.

Y, rota como estoy en la existencia,

penetra por mi grieta el sol distante

y en el cálido instante

soy un poco de cielo,

me fundo en mil abrazos

que guardo en mi interior detrás del velo

de grises que me nubla.

Entonces soy la amante

la flor más colorida

que nace desde el suelo

revelándome vida.

[*Continúa*]

Muero

Quiero decir que me muero
de todo cada segundo
que la vida, siendo inmensa,
es la reina del absurdo,
una colección de escombros.
¿Qué es la vida –les pregunto-
sin el vértigo del filo
del insondable futuro?

Si no muero cada día
si no agonizo del mundo
si no me extingo de pena
si al pasado no renuncio
si no vivo sucumbiendo
a la tentación del fruto
que se ofrece ante mis labios
en el instante oportuno,
no soy.

Tras cada latido
muero y late un nuevo impulso.

La colgada

Mi nombre es Helena y mis apellidos, Restrepo Vélez,
siendo el último, el primero. Nací patas arriba y enredada
en el cordón. Mi vida sin anestesia cargaría con un muerto,
aunque ese muerto fuera yo. Los anestésicos han cambiado
y siguen siendo importantes para creer que la vida es
posible: dormir, soñar, pasar de la teta al tetero, el café,

el alcohol, para estar siempre ebrio, como dice Baudelaire, de vino, de poesía o de virtud, y me confundo. A veces me emborracho de amor por la belleza que me despiertan los ahoras, me pregunto si es un defecto. No sé qué es la poesía y no puedo vivir sin ella.

El mundo sigue al revés, o tal vez yo y no logro enderezarme. Patear las piedras con la cabeza y caminar por las nubes ha hecho torpes mis pasos. Todos se esfuerzan por conquistar territorios, también lo intento, solo piso aire, por más azul que se vea.

Dicen que la tierra gira, según eso algo debió ordenarse hace tiempo; pero en este vientre estrecho cada movimiento me arrastra y vuelvo siempre al mismo punto: el cielo abajo, el infierno adentro.

 **Helena Restrepo Vélez {Pereira, Colombia}**

Nací y vivo en Pereira, adoptada por Medellín durante treinta y nueve años. Tengo el vicio de escribir desde niña. Médico de la Universidad de Antioquia. Formada en Medicina Sintergética. Libros editados: Nacer de nuevo (2014, Ediciones Defensa de la Palabra); Historia de un libro (relato, 2016, Ediciones Defensa de la Palabra); Eva se enamora de un fantasma (poesía, 2018, Cuadernos La Musa Sonámbula); Para un amante triste (poesía, 2023, Editorial Seshat); De la Luz y sus Formas (poesía, 2023, Secretaría de Cultura - Colección Escritores Pereiranos).

Mar es

GENTE DE MAR CON ATARRAYAS DE COBRE
 trozando sus dedos,
 hirviendo entre arrecifes de hormigón,
 con brújulas de tiempo en los bolsillos
 y niebla en la cabeza,
 braceando entre sorderas y estruendos,
 clamando un pedazo de tierra firme.
 Gente de mar hundiendo sus brazos
 en fosas de carne,
 multitudes jorobadas ocultan los restos
 naufragados de sus cuerpos,
 polvo de piel flotando entre las aguas del cielo.
 Cada criatura es fiel a su mar.



Giselle Bogoya Aguillon {Chocontá, Colombia}

 @paramera.art

Escritora e ilustradora nacida en Bogotá. Actualmente vivo en las mágicas montañas del municipio de Chocontá (Cundinamarca), en una casita de madera alimentada con rayos de Sol. Mi camino me lleva a crear relatos y mundos con otras posibilidades de ser y estar. Actualmente trabajo en un podcast llamado Cumbre Inversa, son relatos sonoros sobre viajes al inverso de esta realidad. También soy aprendiz de la naturaleza para crear un estilo de vida que me permita convivir con todos los seres de forma respetuosa, sostenible y amorosa.

Danzar del viento

EL ENCUENTRO DE
risas, baile y juego,
transmuto en
sentires, emociones y deseos;
locas ganas de envolverme
en un viaje de regreso,
el regreso a la tierra
donde la Pacha me abraza
y agradecida
me brinda su abundancia.

Caminos de aprendizaje y magia
que se manifiestan
en rimas de palabras.

Sentires y deseos
para restaurar el alma.

Danzar de mi cuerpo
con el viento va fluyendo,
no me detengo,
solo me entrego
al momento
en movimiento.

De la vida al vientre
de donde surge un nuevo
comienzo,
danzo en espiral
manifestando el poder natural.

[*Continúa*]

De mi cuerpo florecen sensaciones
intangibles, efímeras y placenteras,
me permito Ser y Sentirme
explorando dentro de mí
que todo es posible.

☞ **Heydi Dayana Rodríguez Pinilla**
{Chía – Ciudad Lunática, Colombia}

Pecas Subversivas.

Mujer Lunática.

Ciclista viajera por creencia;

artesana, artista empírica, y malabarista.

Danzante de los ritmos de la vida,

bailo con el tiempo

tan libre como el viento.

Tejedora de sueños,

anhelos e historias.

Siembro semillas,

en el viaje de la vida.

Warmi Sikuri de corazón

y Trabajadora Social

por convicción.

Cultivando-me en

cada fase,

fortaleciendo-me

desde la raíz.

Heydi de la Montaña

Fotografía: Heidi de la Montaña



De la serie 'Salto Sutil'

SABER QUE ME PIENSAS

ahí

mientras el agua recorre tu cuerpo

y no hay nada más

ni baldosa blanca ni sumidero

solo tu cuerpo tibio bajo el agua caliente

la presión de tus dedos

las llamas de tus yemas

en algún recodo de mi piel

el vapor y la respiración

y yo aspirando

la certeza de tu cuerpo

como un animal busca refugio

una cueva bajo la lluvia

una muralla en el temblor

un hogar momentáneo e infinito

un entresijo de vida en el gris

así es que trepo por ti.

Por eso

dejá entreabierta la puerta.

Hazme el amor

hasta que el mundo

por fin

cobre sentido,

para al instante desvanecerse,

[*Continúa*]

hasta que
se desdibujen
los contornos
filudos de mis creencias
y quede a merced de mi corazón,
hasta que
en un salto atrevido abrace a la divinidad.

Vas
de a pocos
desnudando (suavemente)
tu corazón.
Como si fuera una joya rara
un lugar inexplorado de la selva
un templo
que se intuye a través de las rendijas,
hermoso y alegre,
aún desconocido en partes.
Inédita
su especial capacidad de amar.

 **Ángela Sánchez {Cachipay, Colombia}**

Carga mi sangre una historia antigua y errante que se renueva cada día, que desconozco pero siento en un flujo pulsátil, como un latido, que me ha hecho asentarme al otro lado del océano, levantar mi casa y creer en mis sueños. Me acompaña a mí, y a otras mujeres, a crecer en alegría y poder, a contarnos con nuestros cuerpos, a caminar más livianas, más paradas.

Desdoblándome

DESDOBLANDO LA BOCA sobre sus tozudas piernas,
rozando la entrepierna, la taza de café,
el líquido se desliza por mi garganta,
surgen las ideas, las premoniciones.

Desdoblando el pensamiento
a nuevas imágenes,
sus manos en mis senos, mi cuerpo
en la raíz,
esa voz que
me transporta
al cosmos jaguar,
al latido de su pecho.

Desdoblando el ser
a realidades infinitas,
reinos celestiales,
al placer inimaginado
que talla sus manos
sobre mi cintura,
a descubrir el mundo
más allá de la carne,
a encontrarme en el todo,
a descifrarme en el poder.



Mariposa Nocturna {Colombia}

Me llamo Andrea y he dedicado gran parte de mi vida a trabajar en bibliotecas. Hace más de un año inicié un viaje en mi camino, dejando espacios conocidos y estables, y me lancé a mar abierto descubriendo experiencias de carácter espiritual que no había vivido. Actualmente estoy dando forma a un proyecto buscando darle presencia a mi verdadera yo.

Contraste

EL MAREO Y LAS NÁUSEAS siempre
han vivido conmigo:
en los restaurantes de terminal
cuando escucho salsa de alcoba en un taxi
al despertar de madrugada con el ruido
de la regadera
cuando cruzo el Valle de Tenza y me enfrento
a sus fantasmas
darme cuenta de que no viajo lo añorado.

¡Detente!

Apago la tele con su ojo de gato.

Silencio.

Meterme en la cama con el vapor de la camomila
desajustar el nácar
quedarme detenida en la fuga de viento
en el comportamiento de los árboles
volver al refugio en color ahuyama
bañarme el vientre en chorros de miel.

Alivio.

[*Continúa*]

Lecciones de natación

Levantar los brazos muy alto
luego quebrarlos y deslizarlos hasta la caricia.

No sé nombrar al pájaro
pero invoco el impulso de estirar su cuerpo
dejarse caer y agarrar altura.

Saber que me observa:
Ser pavo real en un colchón de agua.

Y le creo cuando dice que le enseñé las profundidades.

Lo que dura mi respiración.

Lo que dura el escondite.

Le creo.

Son los anzuelos que aún no esquivo.

Fracaso.

Soy una rana dando la panza al sol.

Por eso sígueme hablando de la curva en el coral
del salto de las madres y sus ballenatos
de que hay hazañas para descender al centro
de la Tierra.

Noventera

Alguien con quien hacer pijamadas
coreografías de Britney y jugar
al Show de las Estrellas.

Reír, palidecer, al borde de un ataque de nervios.

Una amiga para ver pelis los viernes.

No la encuentro.

[*Continúa*]

Pero llegó un hombre que me acompaña
como si estuviera sola en mi habitación de señorita.
Actuamos cuando suena 'No me conoces'
de Marc Anthony.

Le marco en el meteorito.
Le marco en el boogaloo.

José mira cuando me maquillo, me organiza
el cabello

y es la primera persona que lee mis poemas.
Me siente con mis propias manos
arrastra la pañoleta por el ámbar...

No tengo amigas para parchar en chamarra
alguien con quién practicar danza subversiva.

Pero está José
él entiende los aguaceros
más inquietantes de una mujer.

 **Estefanía Almonacid Velosa {Bogotá, Colombia}**

Ya había participado y quiero volverlo a hacer para cerrar un hermoso ciclo que estoy viviendo. Escribo poesía y periodismo narrativo. Me gusta la danza, la fotografía y los viajes. Nací en Bogotá aunque soy catadora de patacones y adoro la salsa y el bolero, por eso escribí el poemario Zalamera, homenaje a esos ritmos. También creé el proyecto 'Emilia por Bogotá', que rescata la obra de una pionera del periodismo colombiano: Emilia Pardo Umaña.

Ventanas íntimas

Mi madre me leía libros todas las noches, sentada en la orilla de mi cama. Ella era la rapsoda; yo, su público fascinado. El lugar, la hora, los gestos y los silencios eran siempre los mismos, nuestra íntima liturgia.

IRENE VALLEJO. El infinito en un junco.



Ilustración: Victoria Castiblanco

Las mujeres de mi clan

*Dedicado a mi abuelita Araminta,
guerrera de todos los tiempos.*

Nada es casualidad... Todo es perfecto.

ME CONTÓ MI ABUELA MATERNA Araminta que a su abuelita, doña Natividad Guzmán, la obligaron a casarse con un hombre que no amaba, y que siempre estuvo enamorada de un pretendiente que fue muy cortés con ella. Asimismo me contó que a su mamá, doña Eleuteria Caicedo, también la obligaron a casarse con un hombre que nunca quiso, y que tal vez por ello fue una mujer triste. Era distante, indiferente con sus hijas y sobreprotectora con sus hijos. Permanecía enferma y murió a los 34 años por una úlcera que se le estranguló un 31 de diciembre. Mi abuela la recordaba vestida de negro, sentada en la entrada de la casa de una de las fincas, mirando al infinito con cara de tristeza.

También me contó mi abuela que su papá, don Elías Ávila, fue un hacendado que contaba con cerca de siete fincas en la región de Rionegro (Cundinamarca). Araminta se crio con él en la finca El Cajón, en Minipí. Las anécdotas que me narró de su padre me daban a entender que él la quiso mucho, que siempre fue muy amoroso con ella y por eso la llamaba Huesito. La llevaba para donde él iba y le había regalado un caballo negro llamado Azabache. También me decía que su padre era “*el hombre más mujerero*” que ella hubiera conocido...; que ella tuvo muchos hermanos naturales porque “*mujer que le gustara, mujer a la que le ponía una casa en una de las fincas*”. Me decía que su mamá no podía decir nada al respecto porque la mujer en esa época era como “*un cordero que llevan al matadero*”, cuando decidían casarla o juntarla con algún hombre.

Me contó mi abuela Araminta que dio a luz a su única hija a los 20 años y que el papá de la niña desapareció en esa época llamada La Violencia. Me dijo que él siempre fue un padre responsable y que no sabía por qué desapareció sin dejar rastro.

Ella creía que él murió cuando quemaron el antiguo Yacopí, donde él tenía un granero. Creía eso porque decía que de ese pueblo no quedó nada, solo cenizas; que quemaron el pueblo con todo y las personas que no pudieron escapar, y que desde ese día nunca volvió a saber nada de mi abuelo, Juan Bautista Giraldo. Cuando le pregunté por qué no había querido tener otra pareja, me respondió: *“Porque no quería que nadie se lavara las manos con Inés”* (mi mamá). Solo a sus 55 años conoció a don Rogelio Rivera, con quien compartió la vida unos pocos años. Sé que fue muy feliz con él porque en las fotos en las que aparecen juntos se la ve siempre sonriente, mientras que en las demás está muy seria y mirando a otro lado. Recuerdo a don Rogelio como un abuelo muy amable que nos llenaba las manos de dulces cuando íbamos a visitarlo. Murió de un infarto en 1984 y mi abuela quedó sumida en la tristeza muchos años.

Cuando mi abuelita Araminta pasó de ser hija de hacendado, que estrenaba vestidos todos los domingos, a ser la muchacha del servicio en Bogotá, fue después de la persecución a muerte de los conservadores sobre los liberales en la década de los cincuenta. La policía política de Laureano Gómez le mató a un hermano y quemaron una de las casas donde ella se encontraba. Los amenazaron de muerte si no se iban de la región. *“Nos tocó anochecer y no amanecer para que no nos mataran. Nos robaron todo”*. Mi abuelita y una de sus hermanas tuvieron que vivir dos años ocultas en el monte. Mi mamá solo tenía dos años y le tapaban la boca con un trapo para que no se escuchara su llanto, pues las podían encontrar y violarlas o matarlas. Cazaban y cocinaban de noche, no sabían nada de sus hermanos ni demás familia. Cuando pudieron bajar del monte al pueblo, la familia estaba desintegrada; su padre había enloquecido al ver cómo mataban y descuartizaban a su hijo Alcides, para después echar sus restos sobre la hoguera en la que quedó convertida su casa en Minipí.

Ni doña Natividad, ni doña Eleuteria, ni mi abuelita Araminta pudieron ser felices con el hombre que querían. Mi madre tampoco.

Mi padre era 26 años mayor que mi mamá. La conoció desde que era una niña porque era amigo de la familia. Cuando mi abuelita y su hermana Elena llegaron a Bogotá —en parte desplazadas por la violencia, en parte por la búsqueda infructuosa de un militar que había sido novio de Elena y la había “deshonrado” para luego desaparecer—, fue mi papá quien les ofreció ayuda dándoles trabajo en una pequeña empresa que tenía en el barrio La Fragua. Mi mamá tenía entonces 15 años. Mi padre, don Luis Cañiblanco, empezó a cortejarla en secreto, y la llenó de regalos y atenciones. Dejó a su esposa y a sus hijos cuando mi mamá, con 18 años, quedó embarazada, y se produjo un escándalo que separó a muchos miembros de la familia, pues la esposa de mi papá era una familiar. Toda la familia rechazó a mi madre y a mi abuelita, porque bajo los cánones morales de la sociedad de la década de 1960, toda la culpa era de mi mamá por pecadora y trepadora, y de mi abuelita por alcahueta. Esas mujeres solo merecían desprecio, al igual que sus hijos naturales, y por ello fuimos juzgados, despreciados y aislados.

Esta historia solo la supe hasta el año 2019, porque mi mamá siempre se negó a hablar de mi papá y de cómo se habían conocido. Cuando se le nombraba el tema, se ponía furiosa o evadía el tema con una frase cortante. El día que nos contó a mi hermana y a mí, nos advirtió que no la fuéramos a juzgar, que ella sentía mucha vergüenza por eso que había vivido con mi papá, siendo él un hombre casado. Ese día entendí que ella se había creído toda esa historia absurda que le habían repetido y repetido sobre la supuesta maldad innata que la había llevado a romper un hogar. Como si mi papá no se hubiera aprovechado de ella para luego abandonarla junto a cinco hijos.

Mi madre nos contó que lo quiso mucho, pero que el idilio duró poco ya que él la celaba mucho, le quemaba o le rompía la ropa para que no pudiera salir, le criticaba todo lo que hacía y hasta la golpeó alguna vez. Ella tenía un

carácter fuerte y explosivo, nunca se dejó someter del todo; le hacía saber que siendo mucho más joven que él, y muy hermosa, se le podía escapar en cualquier momento. Creo que mi padre prefirió huir a continuar sus intentos fallidos de dominarla, y por eso nos abandonó. También puede ser que se rindió a su naturaleza: ya había dejado a una esposa con cuatro hijos cuando conoció a mi madre, y después de abandonarnos se supo que vivió con otra señora con la que tuvo tres hijos.

Después de la partida de mi padre, la cual no recuerdo, mi madre se dedicó a hacer su vida, ocupándose nada más que de cumplir a como diera lugar sus caprichos y deseos. Por eso, quien nos crio y nos mantuvo como pudo, hasta nuestra adolescencia, fue mi abuelita Araminta Ávila.

Vivíamos en la casa que nos dejó mi papá en una zona semirural del suroccidente de Bogotá. Allí vivimos durante más de veinte años con mi abuelita y su hermana Elena, quien tenía un hijo. Mi mamá nunca quiso trabajar, pues mi abuelita siempre asumió las responsabilidades que a ella le correspondían. Su sobreprotección y falta de autoridad convirtieron a mi mamá en una especie de emperatriz narcisista, déspota, autoritaria, ocupada solo de cumplir sus antojos. Cruel con su madre y con sus hijos, maltratadora emocional y ausente por temporadas.

Nunca se hizo cargo de nosotros, se dedicó a vivir su vida de amante en amante, sin importarle si sus hijos tenían lo mínimo necesario. Mi abuelita hizo lo que pudo, pero el sueldo esporádico de muchacha del servicio no alcanzaba para todo. La mayoría del tiempo pasamos penurias, humillaciones de familiares y burlas en la escuela, debido a nuestra pobreza que se reflejaba en la ropa y en el hambre. Para dar una idea de lo que vivimos, recuerdo que mi abuela Araminta, con machete en mano, nos defendió de un hermano suyo y otra gente que llegaron a la casa para repartirnos,

en calidad de sirvientes, entre algunos familiares, aduciendo que esos niños sin papá ni mamá se iban a volver “putas y ladrones”. En actitud desafiante, mi abuela hizo sonar el machete contra el piso y les dijo: “*Al primero que me toque a alguno de los muchachos, lo pico aquí mismo*”. Nunca la vimos tan furiosa; todos resguardados detrás de ella llorábamos y cuando esa gente se fue en medio de amenazas, corrimos a abrazarla y a darle las gracias por evitar que nos llevaran.

Mi abuela trabajó haciendo oficio en casas ajenas o lavando ropa. Nunca nos dijo nada malo de mi mamá, siempre trató de que no nos diéramos cuenta de lo que ella hacía, pero nosotros terminábamos por enterarnos a través de la tía abuela Elena, que era aún más cruel que mi madre. No sé si mi abuelita callaba por evitar que tuviéramos un sentimiento negativo hacia mamá, o si lo hacía por miedo a ella, ya que mi mamá la trataba con desprecio, la humillaba y se burlaba de su analfabetismo. La relación entre ellas era parecida a la que se entablaba entre una señorita criolla de la época colonial y su sirvienta mestiza: mi madre nunca la respetó, ni mi abuela se lo exigió.

La figura de la abuelita Araminta fue para nosotros la de la salvadora y una especie de heroína que logró enseñarnos con su ejemplo la dignidad, así ella misma no supiera cómo hacerse respetar de su hija. Nos protegió de la familia y de mi madre. Mis hermanos y yo logramos darle el amor y las comodidades que perdió cuando fue desplazada por La Violencia. Fue lideresa en su comunidad y logró pasar la última década de su vida disfrutando de bailes, paseos y actividades culturales en compañía de sus amigas. Nos presentaba con orgullo y nosotros siempre nos sentimos orgullosos de ella. Siempre la honramos recordando sus dichos y anécdotas, que nos hacían —y aún hoy nos hacen— reír sin parar.

Cuando sabía que se estaba yendo de este mundo a sus 85 años, nos dijo que se iba tranquila porque todos habíamos

logrado ser nosotros mismos, sin caer en los libretos que había creado sobre nosotros esa familia que nos maltrató y humilló. También nos comprometió a no desamparar a nuestra madre diciendo: “*Perdonen a su mamá; ella pudo haber sido lo que fue, pero es su mamá...*”. Finalmente, nos dijo que habíamos sido el gran amor de su vida y eso me hizo pensar en los amores de las mujeres de mi clan.

Las mujeres de mi familia más cercana han sufrido una serie de amores fallidos, de historias de abandonos, de parejas vividoras y explotadoras. Otras han quedado atrapadas en matrimonios o uniones en las que el amor se escapó muy rápido y solo quedó una costumbre llena de matices impregnados de la sociedad patriarcal. En su adultez se han dado cuenta de que no son felices, pero consideran que ya es demasiado tarde para darle un giro a sus vidas. Yo viví un poco de todo eso, pero hoy puedo decir con alegría que fui muy valiente, y que a pesar del dolor profundo y del miedo, me liberé de todo ello. A partir de esas intensas experiencias se abrió una luz que me indicó el camino a seguir para sanar y dedicarme a construir mi vida, fuera de los libretos que nos tienen escritos a las mujeres en esta sociedad. Por ello puedo decir con tranquilidad, y dejando cualquier pretensión, que soy feliz.

 **Victoria Castiblanco {Bogotá, Colombia}**

Soy autora de varios escritos e imágenes que han sido publicados en la revista Amaryi. La propuesta de publicar en una revista de mujeres llegó en un momento crucial en mi vida y me ayudó a sanar, al leer las historias y perspectivas de otras mujeres. Amaryi me ha alentado a sanar a través de la escritura y el dibujo. Sigo en el proceso y me hace muy feliz seguir encontrando nuevos caminos.

En la intimidad de mi habitación: un viaje a través de los espacios sagrados de una mujer

EN EL SILENCIO DE MI HABITACIÓN, transcurre el viaje más íntimo de mi vida, un viaje que tiene cumbres, abismos y llanuras; parece un pasaje por las cuevas más oscuras donde el caos a veces me consume y no sé a dónde ir. Sin embargo, también emergen momentos luminosos, como destellos de luz después de una tormenta. Es en este santuario personal donde convergen todas las facetas de mi ser: la mujer de carne y hueso, la ejecutiva, la estudianta, la tía, la hermana, la amiga, la hija y la soñadora que anhela el amor.

Después de la pandemia, encontré refugio en este lugar con vista a la montaña. Mi habitación no es solo un espacio físico, es mi oasis de tranquilidad y creatividad. Aquí, cada elemento ha sido cuidadosamente seleccionado para nutrir mi cuerpo, mente y alma. Mi oficina, diseñada ergonómicamente a medida, es donde despliego habilidades que rara vez se manifiestan en otros entornos. Desde armar mi escritorio hasta sumergirme en proyectos apasionantes, cada tarea es un recordatorio de mi capacidad para asumir retos.

El gimnasio, equipado con un balón de Pilates y bandas elásticas, es mi santuario físico. Aquí me conecto con mi cuerpo, liberando tensiones y fortaleciendo mi espíritu. Y en el dormitorio, bajo las suaves sábanas de algodón, encuentro descanso y renovación. Mis libros, fieles compañeros de vida, ocupan un lugar de honor en un mueble cercano, recordándome la importancia del conocimiento y la imaginación.

Pero más allá de los objetos tangibles, mi habitación está habitada por las mujeres que soy y las que anhelo ser. La mujer de carne y hueso desenreda nudos emocionales con la misma destreza con la que escribe en su diario. Cada palabra, un hilo de sanación tejido con amor y comprensión.

La mujer de carne y hueso, en su búsqueda constante de inspiración y conexión con el mundo que la rodea, encuentra en la música y las historias un refugio sagrado. Como una coleccionista de tesoros intangibles, su biblioteca musical refleja los matices y emociones de su propia existencia. Cada canción, cada melodía, cada banda sonora, se convierte en un eco de su propia voz interior.

También colecciona historias, que le permiten ver diferentes mundos y perspectivas. Ya sea a través de círculos de lectura para mujeres, conversaciones íntimas con amigas o entrevistas inspiradoras, la mujer de carne y hueso se sumerge en narrativas que despiertan su imaginación y alimentan su alma.

Fotografía: Claudia Caicedo Aranzazu



En la intimidad de su habitación, el acto de escuchar se convierte en un ritual sagrado. Los susurros de la noche, el murmullo del viento, el sonido de su propia respiración, el latido de su corazón: cada elemento contribuye a crear un ambiente de serenidad y reflexión. Es en estos momentos de silencio y escucha activa que las ideas fluyen libremente, las inspiraciones cobran vida y la musa se apodera de su imaginación para plasmar una historia autobiográfica en su blog personal.

La mujer poderosa emerge en los momentos de adversidad, recordándome mi fuerza interior y mi capacidad para superar cualquier obstáculo. Con determinación y apoyo, abrazo cada desafío como una oportunidad de crecimiento y transformación.

La mujer creativa se inspira en las pequeñas maravillas de la vida cotidiana: una frase del libro que lee, una conversación ingenua con uno de sus sobrinos, una reflexión existencial con alguno de sus amigos o simplemente la vida misma. Cada experiencia, una fuente de inspiración para mis escritos y reflexiones.

La mujer tía construye en esa intimidad los lazos más estrechos que salen al escenario improvisado, cuando se encuentra virtualmente con sus sobrinos en una junta de títeres para leer adivinanzas y cuentos.

La mujer ejecutiva navega entre el antiguo y el nuevo yo, integrando experiencias pasadas con nuevas oportunidades. Su viaje es una danza entre lo conocido y lo desconocido, entre la tradición y la innovación.

La mujer amiga se nutre de la risa y las confidencias compartidas. En estos encuentros íntimos, se construyen vínculos que perduran en el tiempo, ofreciendo consuelo y apoyo en los momentos de necesidad.

La mujer, hija y hermana, con amor incondicional, abraza las diferencias y celebra las similitudes. Esta mujer sabe que a pesar de los altibajos de la vida, el lazo fraternal permanece inquebrantable, como una fuente de fortaleza y compañerismo familiar.

La novia que anhela ser, esa mujer que muchas veces cree que eso no pasará en su vida y pierde la fe, pero esa misma se levanta y cree que Dios la está purificando para ese hombre que también ha transmutado sus miserias. En la quietud de su habitación, entre susurros de esperanza y suspiros de anhelo, esta mujer teje en su mente el retrato de un amor que aún no ha llegado, pero que siente latir en lo más profundo de su ser.

En el silencio de esta habitación, en este santuario sagrado donde convergen todas las facetas de mi ser, encuentro la verdadera esencia de la intimidad femenina. En este espacio íntimo, todas las mujeres que me habitan se entrelazan en una danza armoniosa de amor, aceptación y crecimiento.

Cada una de estas mujeres, con sus propias experiencias y desafíos, ha encontrado refugio en la compañía y el apoyo mutuo. A través de risas compartidas, lágrimas derramadas y conversaciones profundas, han tejido un lazo indestructible que trasciende el tiempo y el espacio. Son confidentes, cómplices y guardianas de los secretos más íntimos del corazón.

Juntas han superado los avatares de la vida, las encrucijadas de los caminos y las oportunidades perdidas. Han escalado cumbres imponentes y han emergido de los abismos más oscuros con una fortaleza inquebrantable.

Y en medio de este tejido de relaciones profundas y significativas, el acto de escribir se convierte en un faro de luz en la oscuridad. Para cada una de estas mujeres, el proceso de poner palabras en papel es más que una mera expresión artística; es un acto de liberación, sanación y conexión con el alma. Es a través de la escritura que encuentran consuelo en

los momentos de dolor, claridad en los momentos de confusión y gratitud en los momentos de alegría.

Porque al final del día, saben que su verdadero confort del alma está en escribir: en compartir sus historias, reflexiones y sueños con el mundo, y en encontrar consuelo y fuerza en la compañía de aquellas que comparten su viaje. En este santuario sagrado, en esta habitación llena de vida y de amor, encuentran el verdadero significado de la intimidad femenina.

 **Claudia Caicedo Aranzazu {Anapoima, Colombia}**

Administradora de profesión, psicóloga de vocación, escritora de pasión. Con estudios en logoterapia y biosanación. En las letras siempre se desatan mis más íntimos secretos, cuando los escribo transmuta y se convierten en aprendizajes, reflexiones o simplemente dejan de ser tan íntimos y tan secretos.

Escribo siempre en la intimidad del encuentro conmigo, normalmente en mi habitación, aunque también han sido testigo de mis letras algunas iglesias y parques.

La joven y su relación con la sexualidad

RECUERDO QUE EN EL COLEGIO me parecía aburrido cuando las compañeras empezaban a hablar de los primeros besos y los primeros novios; me fastidiaba y me parecía una pérdida de tiempo. Yo tuve mi primer novio mucho tiempo después que la mayoría de mis amigas y en realidad no es que yo hubiese sentido atracción por él, simplemente era uno de mis amigos a quien yo quería mucho; un día se me declaró, me propuso que fuéramos novios y yo acepté. Nuestra relación duró todo el año escolar; al año siguiente cambié de colegio y con ese cambio también finalizó nuestra relación de novios.

En ese cambio de colegio y de contexto, se dieron situaciones que no había experimentado antes, como sentirme atraída por una compañera que para mí era buena onda, linda y pila (aunque en ese momento no fue claro para mí que era atracción, esa interpretación la hago ahora con el paso de los años). Las chicas del salón jugaban a darse nalgadas entre ellas, y un día Lili, que era la novia de otro amigo del combo, me dijo –hablándome muy cerca a la cara– que le diera un beso. Yo me puse muy nerviosa y le dije que no porque ella tenía novio. Ella respondió que no pasaba nada porque era solo un besito sin mayores implicaciones, a lo que yo respondí que ella no podía garantizar que a mí no me siguiera gustando, y así dejó de insistir.

En una de mis primeras fiestas sin control parental, terminé de novia con un chico que en apariencia nada que ver. Era un chico de barrio, de calle, con él anduve por barrios que no conocía. Sabía que al finalizar el año escolar yo regresaba a mi colegio anterior, así que acordamos que, una semana antes que se acabara el colegio, terminábamos. No había pasado ni una semana de eso, y yo ya tenía noticias de que él salía con otra chica. De regreso al otro colegio tomé la decisión de desaburrirme dándole besos a uno de los ‘niños malos’ del salón.

Al empezar la universidad conseguí un nuevo novio. Esta vez me enamoré, con él fue mi primer encuentro en la desnudez, mi primera relación formal, y mi primer ‘te amo’ sentido desde lo profundo de mi ser. A partir de esta relación llegaron los cuestionamientos y deconstrucción de lo que significaba el amor de pareja. Luego vino un distanciamiento y con este mi interpretación de que, al ser disímiles nuestras formas de amar, era más sano y tranquilo finalizar esa etapa de ‘pareja’. Él se quedaría sembrado en mi corazón por siempre y luego pasaría a ser uno de esos amigos que, no importa cuánto tiempo pasemos sin hablar, siempre está el espacio para el reencuentro y la escucha de la actualización de nuestras vidas, desde la plena presencia en amor desapegado.

Vino el cambio de universidad y con ella un nuevo amor. Un día, una de mis compañeras de clase fue a mi casa, terminó quedándose y en la noche, mientras dormíamos una al lado de la otra, me pidió un beso y yo se lo di. Luego ella me dijo que no sabía cómo me iba a ver al otro día y yo le dije que ‘normal’; yo lo había entendido como un beso entre amigas. Pero en los días siguientes ella insistió en avivar esa cercanía y yo permití que pasara, aunque surgió en mí un conflicto interno de: “Oh, oh, me estoy enamorando de una mujer y esto no me había pasado antes”. Pero en medio de este seguir deconstruyendo las ideas sociales sobre el enamoramiento y el amor, e ir construyendo las propias, el conflicto mayor estaba afuera: mantuvimos nuestro relacionamiento oculto por un buen tiempo, del grupo de amigas, de los compañeros de la universidad en general y de la familia. El conflicto más grande para mí fue decidir si lo contaba en mi casa o no, y elegir no hacerlo. Vino una situación en la que fui descubierta teniendo una conversación telefónica con ella y en la que fui confrontada por mi mamá, porque al otro lado de la línea telefónica había una mujer que me llamaba ‘amor’; lo cual me hizo pensar que era mejor terminar esa relación y distanciarnos. Intentamos estar alejadas un tiempo, pero luego volvimos,

y yo decidí que papá y mamá no tenían que enterarse ni intervenir en ese ámbito de mi vida. Duré con ella casi toda la carrera, en medio de ires y venires, de intentar una 'relación abierta' y luego decidir que nos daba más tranquilidad una relación monógama-cerrada, con tiempos de *break*, el mes y medio de vacaciones entre un semestre y otro casi sin vernos. Yo acabé materias primero que ella y ella me ayudó a conseguir mi primer trabajo. Empecé a sentirme muy cansada y con poca disposición a compartir con ella en el tiempo 'libre', así terminamos. Ella me dijo, después, que le habían dicho que yo salía con alguien más, lo que en ese momento no era cierto. Fue después de unos meses que empecé a sentir atracción por una colega, que fue en principio mi paño de lágrimas por ese rompimiento que aún estaba en trámite. Aunque nos alejamos y por un tiempo no supe nada de ella, luego nos volvimos a hablar e intentamos ser amigas. Sin embargo, después tuvimos diferencias de nuevo. Con el paso de los años, me enteré del relato que ella tenía de mí y no era para nada un amor bonito; me enteré que en su versión yo le hice mucho daño, y yo ni cuenta me di.

Tuve varios aprendizajes con esos amores y enamoramientos de juventud, que considero tan íntimos que por medio de estas letras solo me es posible esbozar, como el primer borrador de un dibujo o una ilustración que pretende ser más elaborada, pero que por ahora se permite ser lo que es, como expresión de la intimidad del ser.

Del amor y las relaciones.

 **JARAucaria {Colombia}**

Me gusta que me llamen Jessi o Araucaria, para esta ocasión elijo el seudónimo de JARAraucaria. Soy una mujer aprendiz de la autoobservación, interesada por el autodescubrimiento y la autosanación. Mi relación con la escritura es principalmente terapéutica, me permite verme y así paso a compartirles un pedacito de mí.

Misterio floral

CON FRECUENCIA, CADA VEZ QUE VEO un frasco amarillo de la colonia Siete Esencias de los Andes, una atmósfera dorada y floral me envuelve el pecho y el olfato, recordando cuando espiaba a mi madre mientras entraba o salía desnuda del baño. Sus tetas me eclipsaban, se veían suaves y dulces junto a su sonrisa, y un aura dorada atravesaba la piel de su cuerpo entero.

Ella tenía por costumbre ponerse esa colonia Siete Esencias después de salir de la ducha. Durante mucho tiempo tuvo en el baño una presentación de litro de esa colonia. Toda esa escena me resultaba muy divertida, esa fragancia me parecía que guardaba algún secreto, y verle las tetas me disparaba varias preguntas: ¿Cuando sea grande voy a parecerme a ella? ¿Por qué se aplica esa colonia de ese frasco tan especial? ¿Cuando yo sea grande tendrán mis tetas el mismo tamaño, el mismo color? Dudo que a mis 6 años me hiciera preguntas de tal claridad, tal vez solo son reconstrucciones de una parte del trayecto de mi feminidad. Con gracia recuerdo oler su brasier, para intentar descifrar el misterio de crecer, de vivir transformaciones exuberantes en el cuerpo. Hoy, cuando me miro las tetas, siento que hay misterios que tal vez no llegaré a resolver; la maternidad, por ejemplo. Pero al final qué tan distintas pudimos ser, si desde el centro del pecho siempre emanará un misterio floral.

 **Carolina Corrales {Pereira, Risaralda}**

Tengo 36 años, desde que falleció mi madre me deleito reconstruyendo paisajes en los que ambas estamos insertas. Soy psicóloga de vocación, me gusta impulsar la reconstrucción de narrativas que den cuerpo a los recuerdos.

Romantizar y erotizar la amistad

A Érika y Osaida, amadas

HOY DESPERTÉ, tras compartirme ayer con
mis amadas,
en palabras, escucha, lecturas y caricias hermanadas.

Me fui a la ducha aún entre sueños,
y al prender el agua caliente y fundirse esta con
mi cuerpo,
hallé allí su olor:
ese olor a perfume herbal y aceites esenciales,
ese olor a Amazonía, Patio de Brujas y negritudes;
ese olor de fusión entre nosotras,
de haber estado haciendo el amor en palabras,
en escucha, en lecturas y caricias hermanadas.

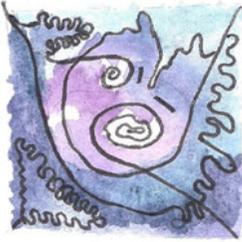
Me deleité.

Luego dejé correr el agua,
continué mi ducha,
y justo antes de cerrar la llave sentí un leve olor
a sangre,
ese olor mío propio,
de mujer menstruante, ya concluyendo ciclo.

Me sentí a mí.

Porque eso tiene el amor de las amigas,
que puedes mezclarte, dejarte penetrar, fundirte...
pero no opaca tu esencia,
ni tu identidad.

Un alma fisurada sobre ruedas viajando al sur



EL DESEO DE SER OTRA me despierta cada día a las 4:30 am. Despojarme de mi piel para habitar otro cuerpo es una fantasía de lunes a sábado. Luego de lograr levantarme aparento, copio, me culpo y envidio. Tejé una maraña al idealizar una vida perfecta. Cuando encontré a mi pareja hace 13 años

surgió un hilo azul. Una sensación extraña, un cariño que cosió un poco mis fisuras, un hilo de esperanza para seguir caminando. Antes me había permitido maltrato porque pensaba que era lo único que merecía.

La vida me empujó a tomar un avión para ir al norte a aprender inglés. Regresé en tres meses y, aunque aún no lo aprendo, una fisura comenzó a crepitar en mi alma. Luego, la vida me empujó más lejos, al sur; tomé un avión para iniciar mi doctorado. Me fui pensando que llegaría muy lejos, en realidad fue un viaje que me llevó a un lugar oscuro dentro de mí; el deseo de ser otra se hizo más fuerte y me rompí un poco más. Al parecer tres meses no eran suficientes para entender las lecciones que debía aprender en este cuerpo.

Todo comenzó el segundo día de clases en el doctorado. El primero aún estaba hipnotizada por mis *pens-acciones* en automático. En la noche del martes tomé un largo baño porque no quería salir al mundo. Arreglando mi ropa en un clóset de madera rajada, vi a la que le dijeron: “nació como bruta, lenta, despiñada”, a la que señalaron como un pedazo de mierda, a la que le dicen que no es capaz con una bella sonrisa, y a la que pierde amigas y familia por ser como es. Estaban desperdigadas en aquella habitación a la que solo

entraba sol en la tarde, rodeada de flores y dos perritos que siempre se asomaban a la ventana: Sami y Jack. Las chicas me observaban con miedo, con culpa, con vergüenza y una, un tanto más desgajada, con maldad. Y el deseo de ser otra se hizo más claro. Ahí descubrí el sentimiento que aguardaba dentro de mí: odiarme. Susurraba garabatos que me invitaban a cruzar esa delgada línea al más allá. Murmura al escribir, al dibujar, al hablar, al soñar... menos mal no sucede todas las noches. Me encontraba renunciando al doctorado en cada despertar, y la culpa apareció.

Esperando que el universo me empujara a cruzar esa línea encontré mujeres mágicas, que también me encontraron y tomaron mi mano, me acompañaron a jalar hilos dentro de mí para tejerme de otra manera. Las mujeres de los barrios populares me abrazaron y lloraron conmigo. Con apoyo también de conversaciones con psicólogas, psiquiatras y otras terapias, intenté soltar mis sombras, pero se volvían más fuertes, jalaban con firmeza y determinación. Escuché a Domitila Barrios de Chungara –líder minera feminista (2021)– decir que “nuestro enemigo principal es el miedo y lo llevamos dentro”, para hablar de la injusticia histórica sobre los cuerpos de las mujeres. Yo lo sentía como odio, pero comencé a vislumbrar, aunque con muy poca claridad, que mi relación con todas aquellas que llevo dentro de mí puede cambiar.

Entre dejar de creer en dios, mi cuerpo comenzó a ocupar un lugar más claro. Solo lo había visto desde la mirada patriarcal, una cosa que debía verse bella y atractiva para los hombres. Una bailarina mexicana dijo en una de sus clases en 2023: “El cuerpo es bello por la capacidad que tiene de moverse, y descubrimos el mundo a través de él, no por como se ve”. Eso le daba sentido a aquello que vibraba dentro de mí con la danza, la gimnasia, y un poco en el yoga. Sara Ahmed (2019) dice: “Mi mente y mi cuerpo

me pertenecen”, para hablar de la voluntariedad como esa rebeldía feminista. Jessica, mi compañera de habitación, un volcán de energía, un viernes en la noche me dijo con una copa de vino: “Hay que morir para poder vivir”. ¡Decidí sentirme así! Desperté el sábado un poco más tarde, pero con el deseo de ser otra.

Ya en Colombia, en la recta final de este viaje, que parece alargarse cada día un poco más, sin saber a dónde mirar, inicié

clases de patinaje como un escape a ese deseo que madruga la mayoría de mis días. Me voy en bicicleta, algo que no hacía por miedo a que me robaran. Inicié con la expectativa de salir volando y hacerlo bien, así que llegué muy puntual, me puse los patines y lista para la clase, pero en realidad no estaba lista. Empezaron mis caídas, algo que nunca había pasado desde que aprendí a patinar sola; con seguridad lo estaba haciendo horrible.



Primer día, postura de “Carrito”. Doblarme en patines hasta que mis codos tocan las rodillas, es la posición ideal para mantener el equilibrio. Me siento grandiosa. La pude hacer por unos 10 segundos, luego a medida que avanzo la voy perdiendo, y mi mente cree que la mantengo por más tiempo. Ahí la propiocepción salió a flote ¿qué tan consciente soy de mi cuerpo? Nada, lo estaba guiando solo desde mi mente.

Segundo día, “Saltar obstáculos”. Un cono de 3 centímetros parecía un muro de 1 metro. Al llegar a la línea de conos me desviaba, terminaba en una orilla de la pista. Sosteniéndome de la baranda el deseo de ser otra floreció;



fue exactamente la misma sensación con el doctorado, el odio estaba ahí conmigo, sujetando ahora mis pies. Una vez más no pude escapar de mí. De pronto, el profe Adrián grita desde la mitad de la pista: “¡Tranquila! ¡Hazlo como te salga, eso es lo importante!”. Y ya un poco más cerca dice: “Disfruta la velocidad, relaja el cuerpo”. Dice: “Vamos, Matti, te sostengo”.

Tercer día, “Garcita”. Patinar en un solo pie. Al intentar trenzar para girar la curva recuerdo patelear, intentando no caerme, pero fue peor; caí con fuerza, sentí que todo dentro de mi cabeza se movió, afortunadamente tenía el casco. Tuve que parar y espero retomarlo pronto. Al salir de la pista el profe Adrián dice: “No abandones, muchos abandonan por miedo a caerse”. Y por segundos algo se iluminó, las lecciones que el doctorado quería darme las veía en el patinaje. Realmente no sé patinar, como no sé escribir, pero solo en el intento florece la valentía.



Este viaje lleva cinco años y aún no termina. Todavía no puedo acompañar las luchas de otras compañeras, aún no soy útil como inspira Domitila y muchas feministas que con su práctica política corporeizada trazan un mapa para sanar. Pero creo que entiendo un poco más. Tan solo una en mi interior debía morir. Los patines ya no los tengo debajo de la cama, los dejo a la vista para recordar que es solo volverlo a intentar,

aunque salga mal. Mover mi cuerpo para cuidarlo hasta de los pensamientos que parecen inofensivos. Escribo esto para honrar, abrazar, perdonar y despedirme de aquella que floreció en mí y que por años tuvo el deseo de ser otra. Sé que aún está cerca, no pasa nada, despierto a la 5:00 am., mi alma fisurada sobre ruedas sigue viajando al sur.



Bibliografía

Ahmed, Sara. (2019). *Vivir una vida feminista*. Barcelona: Ediciones Bellaterra.

Barrios de Chungara, Domitila (2021). *Nuestro enemigo principal es el miedo y lo llevamos adentro*. Pachakútec Agrupación Artística y Cultural Latinoamericana. <https://www.facebook.com/pachakutecagrupacion>

Matti {Sogamoso, Colombia}

Colombiana, nací en Sogamoso y vivo en Bogotá. Matti nació en un retiro espiritual de yoga, mientras varias mujeres



me sostenían para hacer el asana de la rueda; una de ella me dijo: “Matti confía en tu cuerpo”. Deseo escribir, dibujar, patinar, bailar. Quiero sumarme al movimiento de mujeres populares en defensa del territorio y la vida, para acuerpar la lucha social y transitar hacia un sanar político.

La voz más antigua para designar el concepto de libertad es amaryi, [...] una expresión sumeria que significa «retorno a la madre» [...]. Seguramente hacía referencia a que la libertad sólo había existido en la sociedad matricéntrica. El concepto de libertad apareció en la conciencia humana cuando apareció la represión; no pudo aparecer antes, pues no es posible el concepto de libertad si no existe represión.

MURRAY BOOKCHIN citado por
CASILDA RODRIGÁÑEZ BUSTOS, en *La sexualidad
y el funcionamiento de la dominación* (2009).



SHEREZADE
Ediciones femeninas

info@mujeresencirculo.org

*Esta edición se gestó
en invierno para ser
lanzada en verano
(Hemisferio Norte),
agosto de 2024, E. C.*